

¿Se puede *perder* la salvación?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales
No. 22



¿Se puede *perder* la salvación?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales

Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Se puede perder la salvación?

Traducido del libro *Can I Lose My Salvation?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición, cuarta impresión

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-584-7

CONTENIDO

Capítulo uno

Piedras memoriales

Poco después de volverme cristiano en la universidad, un amigo me llevó a conocer a una anciana que vivía sola en una pequeña casa rodante. Esta mujer era una de las cristianas más radiantes que yo haya conocido. Era una auténtica guerrera de oración; oraba ocho horas al día por todo tipo de asuntos. Mi amigo le explicó a esta señora que yo acababa de volverme cristiano. Ella me miró jubilosa y me dijo: “Joven, lo que tiene que hacer es enterrar una estaca espiritual en el suelo ahora mismo”. Yo no tenía idea de qué me estaba hablando, pero ella me explicó que yo tenía que asegurarme de que mi conversión era para siempre. Yo tenía que recordar este momento en mi vida, el momento de mi conversión, de manera que cuando enfrentara luchas en el futuro, pudiera mirar hacia atrás a este momento.

Su consejo evocaba un hecho en el libro de Josué, que relata la historia de la entrada de los israelitas a la Tierra Prometida. Los israelitas habían pasado por el éxodo, el cruce del Mar Rojo, y los cuarenta años de vagar por el desierto. Ahora, por fin se preparaban para entrar a Canaán. Pero este último tramo del viaje tampoco iba a ser fácil.

Entre ellos y la Tierra Prometida estaba el Río Jordán. Estaba en temporada de inundación; el cauce se había desbordado y tenía más de un kilómetro de ancho. Y, desde luego, al otro lado estaban los cananeos, que habían oído del acercamiento de los israelitas y se estaban preparando para el encuentro.

En tanto que el pueblo estaba a orillas del río, Dios le dio instrucciones a Josué: los sacerdotes debían avanzar hacia el agua cargando el arca del pacto. Cuando pusieron un pie en el agua, el río se replegó treinta kilómetros y el lecho del río quedó seco. Y así, toda esta muchedumbre cruzó el Jordán hacia la Tierra Prometida.

Entonces Josué le dio al pueblo una tarea:

> Cuando toda la gente terminó de cruzar el Jordán, el Señor le dijo a Josué: "Elijan ustedes de entre el pueblo doce hombres, uno por cada tribu, y díganles que tomen doce piedras de en medio del Jordán, de donde están parados los sacerdotes, y que se las lleven y las pongan donde van a pasar la noche". Josué llamó entonces a los doce hombres que había escogido de entre los hijos de Israel, uno por cada tribu, y les dijo: "Pasen ahora delante del arca del Señor nuestro Dios, hasta la mitad del Jordán, y tome cada uno de ustedes una piedra y échesela al hombro, una por cada tribu de los hijos de Israel. Cada una de ellas será una señal. Y el día de mañana, cuando los hijos les pregunten a sus padres qué significan estas piedras, ellos les responderán: 'Cuando el pueblo cruzó el Jordán, las aguas del río se partieron en dos delante del arca del pacto del Señor. Así que estas piedras son para que los hijos de Israel recuerden siempre lo que aquí pasó'" (Josué 4:1-7).

El pueblo debía poner un pilar de doce piedras en medio del lecho del río como memorial de este suceso. Luego, los representantes de cada tribu debían tomar una piedra de la ribera y erigir un memorial en Gilgal, donde

iban a pasar la noche.

Existen ejemplos de la construcción de este tipo de memoriales en todo el Antiguo Testamento. Noé construyó un altar tras ser rescatado de la devastación del diluvio (Génesis 8:20-22). Jacob levantó un memorial luego de su visión de la escalera que llegaba al cielo (Génesis 28:10-22). David construyó un altar en el punto donde se detuvo una plaga del Señor (1 Samuel 24). Estos monumentos señalaban momentos decisivos en la historia para las generaciones futuras de manera que cuando el pueblo de Israel tuviera temor y necesitara consuelo, pudiera mirar y ver el recordatorio de que Dios estaba con ellos. Él los había traído hasta ese lugar y había prometido llevarlos en lo que quedaba del camino. En otras palabras, estos memoriales debían ser recordatorios visibles para el pueblo en medio de su lucha, en medio de sus dudas, en medio de sus temores, para mirar al Dios que los había libertado al principio.

Como me recalcó mi amigo, necesitamos este tipo de recordatorio en un mundo incierto. A medida que luchamos en la vida cristiana, a veces lidiamos con nuestra seguridad en Cristo. Queremos estar a salvo, sentirnos seguros, y necesitamos la certeza de que nuestra seguridad perdurará. Aquí la pregunta clave es: "¿Puede una persona verdadera y firmemente convertida a Cristo perder su salvación?". O, en términos más personales: "¿Es posible que *yo* pierda mi salvación?". Esto nos lleva al tema de la doctrina de la eterna seguridad, también conocida como la perseverancia de los santos, que corresponde a la "P" del famoso acrónimo calvinista en inglés "TULIP".

Este asunto tan crucial para los creyentes, ha desatado gran controversia a través de la historia de la iglesia, lo que ha conducido a una diversidad de respuestas a la pregunta. Durante el siglo XVI, la Iglesia Católica Romana disputaba con los reformadores porque estos decían que la persona solo puede ser justificada por la fe, y al ser justificada, puede tener seguridad de su

actual estado de salvación. Pero los reformadores hacían una distinción entre *seguridad de salvación* —es decir, certeza de que uno actualmente es salvo, sin ningún comentario sobre si uno permanecerá salvo— y la *perseverancia de los santos* —la certeza de que uno seguirá siendo salvo hacia el futuro eterno. Roma niega la doctrina de la seguridad eterna e incluso niega la doctrina de la seguridad de salvación excepto para un especial grupo selecto de santos tales como la Virgen María o Francisco de Asís. Puesto que Roma siempre ha enseñado que uno puede cometer un pecado mortal y así perder la gracia salvadora, se opuso al concepto reformado de perseverancia o seguridad eterna.

Dentro de la propia Reforma, había una disputa entre luteranos y reformados porque muchos teólogos luteranos adoptaron la postura de que una persona puede tener una seguridad presente de salvación, pero que la fe salvadora puede perderse, y con ella, la justificación. En el desarrollo posterior de las iglesias reformadas, hubo un fiero debate en Holanda. Un grupo denominado los remonstrantes modificaron el calvinismo holandés y argumentaron en contra de la perseverancia de los santos, y tomaron la postura de que la salvación puede perderse.

En la Biblia misma, hay muchos pasajes que sugieren fuertemente que, en efecto, se puede perder la salvación (por ejemplo, Hebreos 6:4-5; 2 Pedro 2:20-22). Y no obstante, paralelamente existen también muchos pasajes que al parecer son promesas de que Dios preservará a su pueblo hasta el final. En esta última categoría está, por ejemplo, la declaración de Pablo de que “el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). La Escritura contiene un mensaje unificado, pero a veces cuesta armonizar estos dos conjuntos de enseñanzas. Y, a fin de cuentas, la cuestión debería resolverse mirando las Escrituras.

En la iglesia antigua, la frase latina que se usaba en relación con este

debate era *militia christianae*. Esta frase tiene que ver con la constante lucha de la vida cristiana. Yo creo que es ahí donde vivimos; no en el ambiente abstracto de los conceptos filosóficos o teológicos, sino en medio de una batalla bastante real en nuestra vida diaria como cristianos. La idea de *militia christianae* señala hacia la lucha de la vida cristiana, la lucha del cristiano que está llamado a resistir en la fe.

Recordamos la declaración de Jesús de que "el que resista hasta el fin, será salvo" (Mateo 24:13). También pensamos en estas palabras que él dijo: "Nadie que mire hacia atrás, después de poner la mano en el arado, es apto para el reino de Dios" (Lucas 9:62). Jesús advierte a quienes han salido de las creencias falsas y han abrazado la fe que no miren atrás.

Está claro que hay personas que aparentemente hacen una profesión de fe creíble y más tarde repudian esa profesión de fe. Yo pienso que cualquiera que haya sido cristiano durante más de un año conoce a personas de ese tipo, personas que, por lo que se ve exteriormente, aparentemente se han dedicado al cristianismo y más tarde han abandonado la fe o la iglesia. Por lo tanto, tenemos que preguntar: ¿cómo es eso posible, si hemos de mantener la idea de que aquel que una vez estuvo en la gracia permanecerá en la gracia?

Esta pregunta también puede volverse muy personal. No es solo teórica. A medida que experimentamos los altibajos de la vida, aquellos cambios que son parte de la fugacidad de nuestra experiencia diaria, nos vemos tentados a plantear la pregunta última: si actualmente estoy en un estado de fe, si actualmente estoy aferrado a Cristo, ¿cambiará esa situación? ¿Cambiará el estatus del que ahora disfruto en la presencia de Dios? ¿Es posible que pierda mi salvación?

Capítulo dos

Aquellos que caen

Quizá haya pocas cosas tan complicadas como el *swing* del golf. Hay que recordar cien cosas, y mantener el control de cada detalle puede ser abrumador. Tomar el ritmo del juego puede llevar horas y horas de práctica, y pareciera que nunca es posible dominarlo realmente.

En el transcurso de mi carrera en el juego, ha habido muchas ocasiones cuando he aprendido una *clave del swing* —una técnica, una postura, o alguna otra cosa en qué concentrarse— que creí que transformaría mi juego. Estaba tan entusiasmado por salir al campo de golf y probar esta clave, y estaba emocionado de que la clave funcionaría de una manera increíblemente efectiva, y me ayudaría a tirar un grandioso juego de golf.

Un día, después de usar una clave del *swing* en particular, pensé que ya lo tenía todo resuelto. Pero mi entrenador me advirtió que había una deidad principiante que deambula por los campos de golf esperando que los golfistas piensen que lo tienen todo resuelto. Entonces les roba todo lo que tienen.

El fenómeno de la efímera utilidad de las claves del *swing* me llevó una vez a aceptar la existencia de las “claves diarias”, las que solo funcionan un

día. He tenido muchas claves diarias. Yo repito exactamente la misma técnica que usé la primera vez, pero el segundo día, al parecer nada funciona bien. Ciertamente he confiado en algunas de esas claves diarias, y mi juego de golf ha mejorado un día, solo para volver a caer al día siguiente.

La Biblia habla de esta dinámica en la vida de algunos creyentes profesos. Lo que aquí estamos describiendo se denomina teológicamente *apostasía*, un término basado en una palabra griega que significa "estar lejos de". Caer en apostasía significa alcanzar una posición pero luego abandonarla. Por lo tanto, cuando hablamos de los que se han vuelto apóstatas o han cometido apostasía, estamos hablando de los que han caído de la fe o al menos han caído de su primera profesión de fe. Este es exactamente el tema que estamos discutiendo cuando preguntamos acerca de la doctrina de la seguridad eterna o la perseverancia de los santos. La pregunta es: ¿es posible que un cristiano verdaderamente regenerado, que verdaderamente cree en Cristo, cometa apostasía?

En el Nuevo Testamento hay varios pasajes que advierten acerca de esta supuesta posibilidad. Pablo amonesta a los corintios: "Así que, el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer" (1 Corintios 10:12). ¿Está Pablo meramente reprendiendo algún tipo de arrogancia en la que una persona tiene una falsa seguridad de su firmeza, o está advirtiendo sobre llegar a la conclusión de que uno está en un estado de gracia que no puede perderse? Quienes están en contra de la doctrina de la seguridad eterna dicen que aquí Pablo claramente está negando tal enseñanza y advirtiendo sobre la misma. Puesto que parece muy improbable que Pablo hubiese advertido sobre la posibilidad de tal caída si en efecto esa caída fuera evidentemente imposible, ellos interpretan este verso como una negación de la posibilidad de la seguridad eterna.

Otro verso que a veces se considera como evidencia contra la perseverancia

garantizada de los santos aparece en la primera carta de Pablo a Timoteo. Hacia el final de su vida y ministerio, Pablo insta a su pupilo a que pelee la buena batalla de la fe:

> Timoteo, hijo mío, te encargo este mandamiento para que, conforme a las profecías que antes se hicieron acerca de ti, presentes por ellas la buena batalla y mantengas la fe y la buena conciencia, que por desecharlas algunos naufragaron en cuanto a la fe, entre ellos Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar (1 Timoteo 1:18-20).

Aquí, Pablo da instrucciones y amonestaciones que tienen relación con la contienda o la buena batalla de la fe, la constante lucha de la vida cristiana. Él le advierte a Timoteo que guarde la fe y una buena conciencia, y recuerde a quienes no lo hicieron. También habla de dos individuos en particular, Himeneo y Alejandro, quienes, en primer lugar, naufragaron en cuanto a su fe; y en segundo lugar, en efecto fueron excomulgados por el apóstol (a esto se refiere el apóstol cuando dice “a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar”). Así que aquí tenemos no solo una advertencia abstracta sino una advertencia específica y personal acompañada de ejemplos concretos de personas que aparentemente han experimentado una severa caída de la pureza de su fe cristiana.

En otro lugar, el propio Pablo habla de golpear su cuerpo para someterlo, y de involucrarse en la disciplina de las cosas de Dios, no sea que, dice él, “yo mismo quede eliminado” (1 Corintios 9:27). De esta forma, Pablo pone ante el lector, al menos hipotéticamente, la posibilidad de que él, incluso como el apóstol a los gentiles, podría ser eliminado. Estas frases son similares a las advertencias de Jesús en el Sermón del Monte de que muchos vendrían a él en el día final diciendo: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en

tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?", y él les responderá: "Nunca los conocí. ¡Apártense de mí, obreros de la maldad!" (Mateo 7:22-23).

Desde luego, la advertencia más fuerte contra la apostasía en toda la Escritura se encuentra en Hebreos 6, que es tan importante para la discusión que recibe su propio tratamiento en el capítulo cuatro de este libro.

A partir del texto de 1 Timoteo 1, así como de ejemplos narrativos que encontramos en la Escritura —por ejemplo, los conocidos líderes el Rey David y el apóstol Pedro—, queda totalmente claro que por cierto es posible que personas que profesan la fe en Jesucristo caigan en algún sentido de la palabra. En el caso de Himeneo y Alejandro observamos que Pablo los había excomulgado para la instrucción de ellos mismos, para que aprendieran a no blasfemar. No obstante, quedan varias interrogantes acerca de la naturaleza de las crisis espirituales que quedaron registradas para nosotros en la Escritura, y de las atroces ocasiones cuando creyentes profesos caen y lo hacen radicalmente. Estas interrogantes tienen relación con si existen distintos grados de caída y si caer radicalmente significa que uno ha perdido irremediablemente su salvación.

El reformador y erudito italiano Girolamo Zanchi una vez hizo la distinción entre una *caída grave* y una *caída total*. Él aducía que la Biblia está llena de ejemplos de verdaderos creyentes que realmente cayeron, que cayeron en crasos pecados y, en algunas ocasiones, pasaron largos periodos de impenitencia. Esta es una *caída grave*. Un ejemplo es David, quien permaneció impenitente respecto a su pecado con Betsabé durante más de un año antes de ser llevado al arrepentimiento y a la renovación de su fe. Así que la pregunta no es si las personas caen o no. Efectivamente caen. Cada cristiano está sujeto a la posibilidad de una caída grave. Pero, alguien que comete una caída grave, ¿está eternamente perdido —donde su caída sería

total—, o la caída es una condición temporal que será remediada con la restauración de la persona?

La disciplina de la iglesia tiene la finalidad de restaurar a los que han hecho una profesión de fe pero luego viven en gran pecado sin arrepentirse. En otras palabras, la disciplina de la iglesia intenta prevenir que una caída grave se convierta en una caída total. La disciplina de la iglesia consta de etapas o pasos, de los cuales el último paso es la excomunión. Pero cuando una persona es excomulgada de la comunión de la iglesia y esta considera que esa persona está en el mismo estado de un incrédulo, incluso eso tiene el propósito de recuperarla y restaurarla, de que esa persona sea devuelta a la comunión. De manera similar, cuando Pablo entregó a Himeneo y Alejandro a Satanás, todavía tenía esperanza de que mediante ese proceso disciplinario ellos entraran en razón y fueran reinsertados en la comunión con Cristo.

Si bien algunos regresarán de una caída grave, otros no lo harán, porque nunca tuvieron fe realmente. Hicieron una falsa profesión de fe; no poseían lo que profesaron tener. Cuando viene la dificultad, tales personas huyen de su profesión original, lo que acaba en una caída total. En casos como este, la conversión inicial no fue genuina. Esto está ilustrado en la parábola del sembrador que contó Jesús (Mateo 13:1-9). En esa parábola, la semilla cae en distintos tipos de suelo: el suelo duro del camino, el suelo rocoso, el suelo cubierto de espinos, y la buena tierra. En algunos casos, la semilla germina al comienzo, pero el sol del mediodía la marchita, o los espinos la ahogan. Como explica Jesús, la parábola se refiere a las personas y de qué manera estas reciben la palabra que llega a ellos (vv. 18-23). Algunos reciben la Palabra y profesan la fe pero no resisten, y caen.

El apóstol Juan habla de aquellos que salieron de en medio de la comunión de los hermanos. Él dijo: “Ellos salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros.

Pero salieron para que fuera evidente que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19). Así que Juan, al menos en ese incidente en particular, sí habla claramente bajo la inspiración del Espíritu Santo acerca de ciertas personas que se alejaron de la fe, y él dice que aquellos “no eran de nosotros”. Al menos en este caso en particular, él está describiendo la apostasía de personas que habían hecho una profesión de fe pero que en realidad nunca se habían convertido.

El desafío, pues, consiste en distinguir entre un verdadero creyente en medio de una caída grave (quien en algún momento futuro será restaurado) y una persona que ha hecho una falsa profesión de fe. No podemos leer el corazón de los demás, así que, cuando vemos que una persona que ha hecho una profesión de fe más tarde repudia esa profesión, no podemos saber si esa persona aún puede ser un verdadero convertido que solo ha abandonado temporalmente su profesión pero volverá a ella.

Muchos de nosotros hemos conocido amigos o parientes que, a juzgar por las apariencias, habían hecho una genuina profesión de fe. Nosotros creímos que su profesión era creíble. Los recibimos como hermanos o hermanas, solo para descubrir más tarde que habían repudiado esa fe. ¿Qué debemos hacer en una situación como esa? Yo recomiendo al menos dos respuestas: primero, orar como locos, y segundo, esperar. No conocemos el resultado final de la situación, pero Dios sí, y solo él puede preservar esa alma.

Capítulo tres

El pecado imperdonable

Frecuentemente recibo cartas de todo el mundo. La gente escribe para hacer preguntas, que a veces son preguntas más académicas, y a veces son más personales y prácticas. Muy a menudo, probablemente al menos una vez al mes, recibo una carta de alguien que está profundamente preocupado de haber cometido el pecado imperdonable del que habla Jesús. Si bien este es un asunto bíblico y teológico, no es abstracto, pues dicha preocupación atormenta profundamente a estas personas. La pregunta de si podemos caer o no de la buena gracia de Dios nos afecta en la base de nuestra fe y nuestra vida.

La advertencia que hace Jesús sobre el pecado imperdonable está en cada uno de los Evangelios Sinópticos. Al analizar el asunto, es importante tener en cuenta el contexto, porque sin él corremos el riesgo de malinterpretar lo que Jesús quiere decir. Para captar el contexto, veamos el relato de Mateo:

> Un día le llevaron un endemoniado ciego y mudo, y él lo sanó, así que el ciego y mudo podía ver y hablar. Toda la gente estaba atónita, y decía: “¿Será éste el Hijo de David?”. Los fariseos, al oírlo, decían: “Éste

> expulsa los demonios por el poder de Beelzebú, príncipe de los demonios” (Mateo 12:22-24).

El asunto del pecado imperdonable surge después de que Jesús sana a un hombre poseído por demonios, lo cual asombró a los que presenciaron la sanidad y de inmediato surgió la pregunta: “¿Será este el Hijo de David?”, que equivale a “¿será este el Mesías?”.

Sin embargo, los fariseos, que eran fieros opositores de Jesús, sugirieron una interpretación alternativa del suceso. Ellos no estaban dispuestos a reconocer que Jesús había realizado este milagro en virtud de que él era el Mesías; más bien ellos dijeron que Jesús usaba el poder de Satanás mismo. Ellos dijeron que él hacía estas cosas por el poder de Beelzebú, el “señor de las moscas”, un título de Satanás.

Nótese que ninguna de las partes negó la realidad del poder que se había exhibido en esa ocasión. La interrogante era la fuente de ese poder y la identidad de la persona que ejercía ese poder. Sigamos revisando el texto:

> Pero Jesús, que sabía lo que ellos pensaban, les dijo: “Todo reino dividido internamente acaba en la ruina. No hay casa o ciudad que permanezca, si internamente está dividida. Así que, si Satanás expulsa a Satanás, se estará dividiendo a sí mismo; y así, ¿cómo podrá permanecer su reino? Si yo expulso a los demonios por el poder de Beelzebú, ¿por el poder de quién los expulsan los hijos de ustedes? Por lo tanto, ellos serán los jueces de ustedes. Pero si yo expulso a los demonios por el poder del Espíritu de Dios, eso significa que el reino de Dios ha llegado a ustedes. Porque ¿cómo va a entrar alguien en la casa de un hombre fuerte, y cómo va a saquear sus bienes, si antes no lo ata? Sólo así podrá saquear su casa. El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama” (vv. 25-30).

Jesús está diciendo, en efecto: "Este no es el poder de Satanás. Este es el poder de Dios, y específicamente el poder del Espíritu Santo". Este es el contexto donde el Espíritu Santo entra en la discusión. Entonces Jesús hace su terrible advertencia:

> Por tanto, les digo: A ustedes se les perdonará todo pecado y blasfemia, excepto la blasfemia contra el Espíritu. Cualquiera que hable mal del Hijo del Hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo no será perdonado, ni en este tiempo ni en el venidero (vv. 31.32).

Es necesaria una observación técnica respecto a llamar a este pecado el "pecado imperdonable". ¿A qué nos referimos con *imperdonable*? En el significado estricto del término, significa "imposible de perdonar". Pero en términos técnicos, Dios tiene la capacidad de perdonar cualquier pecado si él lo desea. Así que cuando lo llamamos el "pecado imperdonable", con ello queremos decir que es un pecado que en efecto Dios no perdonará, no porque Dios *no pueda* hacerlo sino porque *no quiere* hacerlo. Esa es la advertencia que hace Jesús a aquellos que lo acusan de hacer sus milagros por el poder de Satanás. Él les advierte que Dios no perdonará ni en este mundo ni en el venidero.

Lo que más cuesta entender es que Jesús también dice que las personas pueden pecar contra el Hijo del Hombre y ser perdonadas, pero no serán perdonadas si pecan contra el Espíritu Santo. Cuesta conceptualizar esta idea por el simple motivo de que creemos en la Trinidad: un Dios en tres personas. Está el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y estos tres son un Dios; el "Hijo del Hombre" se refiere a la segunda persona de la Trinidad. ¿Por qué el pecado contra la segunda persona de la Trinidad es perdonable pero un pecado en particular contra la tercera persona no es perdonable?

Hay una solución algo simple a este dilema. Nótese que Jesús no dice que

cualquier pecado contra el Espíritu santo sea imperdonable. Nosotros pecamos contra el Espíritu Santo todo el tiempo. De hecho, cada pecado que cometemos como cristianos es una ofensa contra el Espíritu de santidad que mora en nuestro interior para obrar nuestra santificación. Y si cada pecado contra el Espíritu Santo fuera imperdonable, ninguno de nosotros podría ser perdonado. Por lo tanto, aquí Jesús está siendo muy puntual y específico acerca de un tipo de pecado en particular, uno que él define como blasfemia contra el Espíritu Santo.

Aquí debemos ser cautelosos, porque Jesús tampoco está diciendo que *cualquier* forma de blasfemia que se haya cometido sea imperdonable. Una vez más, si cualquier blasfemia fuese imperdonable, nunca seríamos perdonados. Cada vez que usamos el nombre del Señor en vano, es un acto de blasfemia. Pero la Biblia pone muy en claro que Cristo reconcilió a los blasfemos con Dios en su cruz. Más que hacer una declaración general acerca de las palabras blasfemas, aquí Jesús está definiendo un pecado en un sentido extremadamente específico, particular y acotado. No todas las blasfemias son imperdonables, no todos los pecados contra el Espíritu Santo son imperdonables, y no todos los pecados contra el Hijo del Hombre son imperdonables. Por lo tanto, ¿qué es específicamente lo que está en consideración aquí?

Esta pregunta ha sido respondida de muchas formas en el transcurso de la historia de la iglesia. Algunos han asumido que el pecado imperdonable es el asesinato, porque el Antiguo Testamento prescribe la pena de muerte para ese crimen, pero esa respuesta confunde la cuestión: el asesinato no es blasfemia. Al tratar de entender la naturaleza de este pecado grave, debemos partir por el hecho de que se lo identifica como blasfemia, y eso tiene que ver con las palabras. Bajo circunstancias normales, la blasfemia es algo que sale de la boca. Tiene que ver con lo que decimos. Esto podemos verlo en el verbo que

usa Jesús: él especifica diciendo “el que *hable contra* el Espíritu Santo”. Por lo tanto, la blasfemia no es un acto pecaminoso en general, ni siquiera el acto pecaminoso de asesinar, sino más bien una acción de la lengua.

En la ética bíblica, hay una gran preocupación por los patrones de habla humana. Ya hemos visto que, en la primera petición del Padrenuestro, Cristo nos dice que oremos por que el nombre de Dios sea santificado, que sea considerado sagrado y sea tratado con reverencia y respeto; cualquier cosa inferior a eso es blasfemia. Toda blasfemia es una grave ofensa contra Dios, y la frecuencia con que se comete en este mundo de ninguna manera disminuye la severidad de la maldad de este acto. Pero en este caso en particular, estamos hablando de cierto tipo de blasfemia y no de la blasfemia en general.

Jesús está dando una respuesta a los fariseos, quienes han estado ocupados de continuo en una fiera oposición hacia él. Los fariseos eran los más entendidos en las cosas de Dios, en la ley de Dios, en la teología del Antiguo Testamento. Si había un grupo que debía haber sido el primero en reconocer la identidad de Cristo como el Hijo del Hombre y como el Mesías prometido, eran los fariseos. Pero ellos más bien fueron sus más fieros opositores.

Al mismo tiempo, en el Nuevo Testamento existe una clara conciencia de la profunda ignorancia que cubre los ojos de los fariseos. Esto lo vemos en la cruz, y lo vemos en 1 Corintios. En la cruz, cuando Jesús ora por el perdón de los que lo habían entregado a su ejecución, él dice: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Y en 1 Corintios, Pablo escribe: “Sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria” (2:8).

La respuesta de Jesús parece ser una advertencia a los fariseos de que se están acercando peligrosamente a un límite más allá del cual no habrá esperanza para ellos. Antes de cruzar esa línea, Jesús puede orar por su

perdón sobre la base de la ignorancia de ellos, pero pasado ese límite, ya no hay perdón.

Durante su vida terrenal, la gloria de Cristo estaba velada. Pero una vez que él fue levantado por el Espíritu Santo y se dio a conocer, por medio del Espíritu Santo, como el Hijo de Dios, entonces decir que Cristo realizó sus obras mediante el poder de Satanás en lugar del poder del Espíritu Santo sería ir demasiado lejos.

En consecuencia, una persona comete el pecado imperdonable cuando sabe con certeza, por la iluminación del Espíritu Santo, que Cristo es el Hijo de Dios, pero llega a la conclusión y declara verbalmente que Cristo era demoniaco. El libro de Hebreos nos resume este asunto:

> Si con toda intención pecamos después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados… ¿Y qué mayor castigo piensan ustedes que merece el que pisotea al Hijo de Dios y considera impura la sangre del pacto, en la cual fue santificado, e insulta al Espíritu de la gracia? (Hebreos 10:26, 29).

Por lo tanto, la distinción entre blasfemar sobre el Espíritu Santo y blasfemar contra Cristo se desvanece una vez que la persona sabe quién es Jesús.

Sabemos que una de las obras más importantes que efectúa el Espíritu Santo en la vida del cristiano es convencernos de pecado. Y el propósito de la obra del Espíritu de convencernos de pecado es llevarnos al arrepentimiento a fin de ser perdonados y restaurados a la plenitud de la comunión con Dios.

A las personas que temen que podrían haber cometido el pecado imperdonable, yo suelo decirles que si realmente lo hubieran cometido, lo más probable es que no estarían preocupadas por ello. Sus corazones ya se habrían vuelto tan obstinados y endurecidos que no estarían luchando y

lidiando con ello. Las personas que cometen semejante pecado no se preocupan por ello, y el hecho mismo de que estas personas estén luchando con el temor de que quizá hayan ofendido a Dios de esta forma es una significativa evidencia de la realidad de que no se encuentran en tal estado.

Capítulo cuatro

Imposible de volver a restaurar

Cualquier discusión sobre si los cristianos caen y pierden su salvación tarde o temprano se enfocará en un análisis de Hebreos 6. Puesto que este pasaje es tan central para las discusiones acerca de la perseverancia, le daremos una mirada detenidamente. Hebreos 6:1-6 dice así:

> Por lo tanto, dejemos a un lado las enseñanzas elementales acerca de Cristo, y avancemos hacia la perfección. No volvamos a cuestiones básicas, tales como el arrepentirnos de las acciones que nos llevan a la muerte, o la fe en Dios, o las enseñanzas acerca del bautismo, o la imposición de manos, o la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Todo esto lo haremos, si Dios nos lo permite. No es posible que los que alguna vez fueron iluminados y saborearon el don celestial, y tuvieron parte en el Espíritu Santo, y saborearon además la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, pero volvieron a caer, vuelvan también a ser renovados para arrepentimiento. ¡Eso sería volver a crucificar al Hijo de Dios para ellos mismos, y exponerlo a la vergüenza pública!

Este texto no solo habla de los que caen, sino que también brinda una vívida descripción del estado de estas personas antes de su caída. En este texto también se nos dice que es imposible que estas personas sean renovadas nuevamente para el arrepentimiento. Si hay algún pasaje en la Biblia que hable de una ofensa imperdonable, entonces se encuentra en esta fuerte amonestación de Hebreos 6.

Este es un pasaje extremadamente difícil de interpretar. Parte de la dificultad radica en la falta de información de trasfondo, incluyendo la identidad del autor del libro de Hebreos, que nos ayude a entender esta enseñanza en contexto. A veces, conocer al autor de cierta obra nos da pistas para entender los pasajes difíciles que vienen de su pluma.

Sin embargo, más importante es saber la circunstancia original que suscitó esta advertencia. Sabemos que el autor está preocupado por un error muy grave que seducía a sus lectores, pero no tenemos certeza de cuál era exactamente ese error. Los intérpretes bíblicos han sugerido varias alternativas.

Una de las sugerencias más frecuentes es que el autor les está escribiendo a personas que enfrentan una persecución radical y están en peligro de negar a Cristo frente a tal persecución. Él dice que en su lucha contra el pecado, sus lectores "todavía no han tenido que resistir hasta derramar su sangre" (12:4).

En la iglesia primitiva, una de las disputas más ásperas se denominó la Controversia Novaciana, que surgió con el despertar de una oleada de persecución bajo el Emperador Decio en el 250 d. C. Cuando terminó la persecución, los líderes de la iglesia enfrentaron la cuestión de qué hacer con los *lapsi*, los que habían renunciado a la fe bajo coerción, pero ahora querían ser readmitidos en la iglesia. Muchos se oponían a su restauración, entre ellos los seguidores de Novaciano, un pretendiente al obispado de Roma. Uno puede entender la pasión que tendrían las personas en una situación como

aquella. Si el padre de alguien, por ejemplo, hubiera mantenido la fe y hubiera sido quemado en la hoguera, mientras que el vecino de al lado negó la fe y escapó de ese tipo de tormento, y luego, al término de la persecución, el vecino quisiera volver a la comunión de la iglesia, es comprensible que la familia del mártir pasara un mal momento al tratar con esa persona. Sin embargo, la iglesia en general se inclinó por la flexibilidad y el perdón y optó por restaurar a los *lapsi*. Por lo tanto, existe la posibilidad de que este pasaje esté hablando de aquellos que se separan de la iglesia visible al enfrentar la persecución pero luego quieren asociarse nuevamente con la iglesia visible en tiempos de calma.

Otra sugerencia frecuente respecto a estas declaraciones en Hebreos atañe a una de las herejías más mordaces que haya atacado a la iglesia del siglo I, la herejía judaizante. Los seguidores de esta postura enseñaban que la comunidad del nuevo pacto debía seguir observando las prácticas del Antiguo Testamento, especialmente la circuncisión. El Nuevo Testamento aborda esta herejía una y otra vez, y lo hace con el mayor énfasis en el libro de Gálatas. Algunos imaginan que este pasaje prohíbe a los cristianos regresar a las prácticas judías y presenta el argumento de que hacerlo es rechazar el valor de la muerte y la resurrección de Cristo.

Veamos una vez más lo que dice este pasaje acerca de aquellos que no pueden ser restaurados. Se los describe en estos términos: “Los que alguna vez fueron iluminados y saborearon el don celestial, y tuvieron parte en el Espíritu Santo, y saborearon además la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero” (vv. 4-5). ¿Qué tipo de persona puede ser descrito en esos términos? A primera vista, ciertamente suena como si el autor estuviera describiendo a un cristiano, a una persona regenerada, alguien que ha nacido de nuevo espiritualmente. Si ese es el caso, entonces el autor está diciendo que sería imposible que una persona realmente convertida sea restaurada

nuevamente para salvación si ha cometido el pecado que está en consideración.

Sin embargo, este lenguaje no necesariamente tiene que estar aludiendo a alguien genuinamente convertido. Podría referirse a personas que han estado estrechamente involucradas en la vida de la iglesia pero nunca se convirtieron realmente. Tal como lo fue el Israel del Antiguo Testamento, la iglesia del Nuevo Testamento es lo que Agustín llamó un *corpus permixtum*, un cuerpo mezclado, conformado por lo que Jesús describió como el trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30), los creyentes y los incrédulos. La cizaña son los que nunca se han convertido, si bien son miembros de la comunidad del pacto.

La Biblia describe a tres grupos de personas en relación con la iglesia, la comunidad del pacto visible. Fuera de la iglesia están los incrédulos; dentro de la iglesia están los creyentes (los verdaderos convertidos), y también hay algunos incrédulos. ¿Podemos decir que los miembros del tercer grupo —los incrédulos dentro de la iglesia— han sido iluminados? Sí, en la medida que han escuchado el evangelio; ellos han oído la predicación de la Palabra. Ellos no están en un área remota a donde nunca ha llegado la revelación especial. Ellos han tenido el beneficio de la luz en lo que respecta a escuchar la Palabra de Dios. Decir que alguien ha sido iluminado no necesariamente es decir que se ha convertido.

¿Qué decir de la siguiente descripción: saborearon el don celestial? Es posible que aquí el don no solo esté disponible para el convertido, sino también para el no convertido. Por ejemplo, el don puede ser algo similar al maná que Dios proveyó para el pueblo de Israel en el desierto. Los israelitas saborearon un don celestial, pero algunos de ellos permanecieron sin convertirse. Asimismo, al mirar la práctica del Nuevo Testamento, los incrédulos de la iglesia aún vienen a la Mesa del Señor. Ellos literalmente saborean el don celestial, pero siguen sin convertirse. Un don celestial puede

ser concedido tanto a creyentes como a incrédulos.

¿Qué decir de la participación en el Espíritu Santo? Eso suena un poco más difícil, porque concebimos la participación en el Espíritu Santo como una experiencia que solo llega a aquellos que han sido regenerados por el Espíritu Santo y llenos de él. Esa es la interpretación que podría hacerse a primera vista. Pero en un sentido más general, cualquiera que esté en medio de la vida de la iglesia en un sentido simple participa de los beneficios del poder y la presencia del Espíritu Santo, porque el Espíritu habita y actúa en la iglesia. Tal persona no necesariamente ha recibido una obra específica del Espíritu Santo, a saber, la regeneración, pero ha saboreado la Palabra de Dios.

Volviendo al significado general de este pasaje, algunos entienden que se refiere a personas dentro de la iglesia que están realmente convertidas pero apostatan y repudian el evangelio al estar bajo persecución; estas personas, entonces, no pueden ser restauradas. Otros lo ven como una referencia a la herejía judaizante. Una interpretación que entienda el pasaje como una referencia a la herejía judaizante es más probable, porque la primera postura tiene algunos problemas. El primer problema es que Pedro en cierto sentido repudió el evangelio cuando se puso del lado de los judaizantes —en el sentido de que su conducta negaba la suficiencia de la obra de Cristo para la salvación (Gálatas 2:11-14)— pero fue restaurado. Él también negó a Cristo pero fue restaurado por el propio Jesús. Así que Pedro es un ejemplo de alguien que fue restaurado después de repudiar el evangelio. Esto parece ilustrar que el pasaje debe significar otra cosa.

En segundo lugar, el autor de Hebreos dice que “no es posible que… vuelvan también a ser renovados para arrepentimiento” (vv. 4, 6). La palabra “vuelvan” es un fuerte indicador de que había habido al menos un arrepentimiento previo. Si entendemos el arrepentimiento como aquello que en el Nuevo Testamento se refiere a lo que produce la obra del Espíritu Santo

en nuestro interior, no solo exteriormente, y si nuestra teología es reformada y vemos el arrepentimiento como un fruto de la regeneración y no la causa de la regeneración, entonces aquí tenemos la dificultad más compleja. Porque los que adhieren a la teología reformada tienen que decir que si una persona que se arrepiente genuinamente está regenerada, es un verdadero creyente.

Por supuesto, uno podría argumentar que existe un arrepentimiento que es falso; el autor de Hebreos menciona a Esaú como ejemplo (12:16-17). Y alguien que se ha arrepentido falsamente una vez podría hacerlo de nuevo. Pero en ese caso, el autor no hablaría de *volver* a ser renovado para arrepentimiento, porque el primer arrepentimiento fue falso. Tiene que ser que el autor se refiere a un verdadero arrepentimiento, y él está diciendo que es imposible que una persona verdaderamente regenerada, alguien que verdaderamente se ha arrepentido, vuelva a ser renovado para arrepentimiento si cae, porque al caer crucifica nuevamente al Hijo de Dios y lo expone a vergüenza. El autor está diciendo que si alguien hace algo así, está acabado. No hay posibilidad de restauración si uno cae a ese nivel.

El argumento aquí es una forma de argumentación que se encuentra a través de las epístolas del Nuevo Testamento llamado *argumentum ad absurdum*. Esto significa que uno toma las premisas del oponente y demuestra que, si son verdaderas, finalmente llevan a una conclusión absurda. Por lo tanto, las premisas deben ser rechazadas. Pablo usa este argumento en 1 Corintios 15 cuando habla de la resurrección de Cristo.

En lo que respecta a la herejía judaizante, el asunto se vuelca hacia el cumplimiento de la ley. Si el cristiano que ha aceptado el evangelio de justificación por la sola fe ahora vuelve a intentar justificarse mediante las obras de la ley —la circuncisión, la observancia de las fiestas, el cumplimiento de las leyes alimentarias, etc.—, esa persona no puede ser salva, porque ha vuelto a crucificar a Cristo.

¿Pero qué significa volver a crucificar a Cristo? Cristo obviamente ha sido crucificado solo una vez. Cuando fue crucificado, Cristo cargó la maldición del antiguo pacto. Cuando una persona vuelve a cumplir la ley como un modo primordial de relacionarse con Dios, rechaza la obra de Cristo, quien cargó la maldición en lugar de otros. Al haber repudiado la obra de Cristo como un sacrificio sustitutivo, en efecto ha condenado a Cristo como alguien que fue muerto justificadamente en la cruz y se hace cómplice de la muerte de Cristo. Esa persona carga nuevamente la maldición y no puede ser salva.

De este modo, vemos cómo el autor de Hebreos usa el *argumentum ad absurdum* para demostrar que la postura de su oponente es disparatada. Puesto que el argumento de los judaizantes de que se debería observar la ley conduce al rechazo de la obra de Cristo y la pérdida de la salvación, su argumento debería ser rechazado.

Probablemente el autor esté usando este argumento hipotéticamente, para mostrar lo que *sucedería* en una situación dada. Pero esto nunca podría ocurrir realmente en el caso de alguien que verdaderamente se ha convertido. El autor dice en el verso 9: "Aunque hablamos así, con respecto a ustedes estamos convencidos de cosas mejores, que tienen que ver con la salvación". Cuando dice "hablamos así", está diciendo que lo que ha escrito es *un modo de hablar*, es decir, un supuesto en aras de la discusión. Él está demostrando que la enseñanza de su oponente conduciría a un punto en el que alguien no tiene fundamento para ser salvo. Pero, en el caso de los verdaderos creyentes, él tiene por seguro que ellos estarán firmes: "Estamos convencidos de cosas mejores, que tienen que ver con la salvación". Por lo tanto, en lugar de robarnos la confianza en la perseverancia, este pasaje en realidad debería fortalecerla.

El autor de Hebreos concluye esta sección con una exhortación: "Pero deseamos que cada uno de ustedes muestre el mismo entusiasmo hasta el fin,

para la plena realización de su esperanza y para que no se hagan perezosos, sino que sigan el ejemplo de quienes por medio de la fe y la paciencia heredan las promesas” (vv. 11-12). Este es un llamado a la diligencia. El autor les está recordando a sus oyentes que aunque ellos tienen una esperanza para el futuro en la que pueden descansar, la esperanza que Dios les ha dado de la certeza de su salvación no debería llevarlos a vivir su fe perezosamente. La doctrina de la seguridad eterna no debería relajarnos y frenar nuestro empuje hacia el reino de Dios; más bien debería llevarnos a vivir nuestra fe con mayor confianza y fervor.

Capítulo cinco

El don de la perseverancia

El concepto de la perseverancia de los santos fácilmente puede malinterpretarse. En nuestro lenguaje cotidiano, hablamos de perseverar como algo que logramos principalmente mediante nuestros propios esfuerzos concertados. Y si bien el Nuevo Testamento nos llama a perseverar —a menudo usa la palabra *resistir*, como en "el que resista hasta el fin, será salvo" (Mateo 24:13)—, poner el acento en la perseverancia puede hacernos pasar por alto la verdad principal que sustenta este concepto.

El primer teólogo que ofreció una explicación extensiva de la doctrina de la perseverancia fue Agustín de Hipona. La frase latina que él usó fue *donum perseverantiae*, que significa "el don de la perseverancia". Con esta frase, Agustín quiso decir que la perseverancia en la vida del cristiano no es un logro que solo se consiga por esfuerzo humano, sino que es un don. Agustín enseñó que la única forma en que alguien llega a perseverar hasta el fin tras comenzar la vida cristiana es en virtud de la gracia de Dios. Desde entonces, se ha entendido la perseverancia como un regalo de la gracia divina.

Es por eso que, al discutir acerca de la perseverancia de los santos, a

muchos teólogos de habla inglesa les ha parecido preferible hablar de preservación de los santos, es decir, Dios *preserva* a los suyos. Si me miro a mí mismo, no puedo confiar en mi capacidad de proseguir hacia la gloria una vez que comienzo el camino cristiano, porque, como hemos observado, la vida cristiana es una lucha. Pablo expresó esta idea en términos de lucha espiritual: el comienzo de la vida cristiana implica liberación de la esclavitud de la carne, y el Espíritu Santo entra a morar en nosotros. Una vez que somos cristianos, emprendemos una vida totalmente nueva en la que estamos ocupados en la búsqueda de nuestra santificación (Romanos 6:17-19). Pero esa vida, como dijo Pablo, está marcada por una constante batalla entre el nuevo hombre y el viejo hombre, entre el ser espiritual y la carne pecaminosa que aún conserva poder en nuestra vida (7:13-25). Pero ahora se nos ha añadido algo como un don, a saber, la presencia y el poder del Espíritu Santo.

Pablo hace este llamado a los creyentes filipenses: “Ocúpense en su salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12). Al usar esta frase, Pablo no quiere decir que nos ganemos nuestra salvación mediante nuestras obras, sino que nuestra obediencia (ver su elogio a la obediencia de sus lectores al comienzo del verso) tiene un rol en nuestra santificación. A su vez, nuestra santificación tiene un rol en nuestra perseverancia.

Este es un claro llamado al trabajo arduo, al empeño, a hacer un esfuerzo, y este esfuerzo no debe ser casual, a la ligera, o displicente. La frase “temor y temblor” llama la atención hacia la sobriedad y seriedad con las cuales estamos llamados a avanzar hacia el reino de Dios. Jonathan Edwards dijo una vez en un sermón que la búsqueda del reino de Dios debería ser la ocupación urgente y primordial del cristiano. Estamos llamados a trabajar con el mayor ahínco posible para perseverar.

Observa lo que sigue a esta exhortación: “Porque Dios es el que produce en ustedes lo mismo el querer como el hacer, por su buena voluntad” (v. 13).

Aquí vemos un ejemplo de la descripción neotestamentaria de la lucha cristiana por la perseverancia como una obra *sinergista*. *Sinergismo* se refiere a una obra que es hecha por dos o más personas. Por el contrario, *monergismo* significa que solo una persona ejerce la fuerza o el esfuerzo.

Estas palabras tienen un accidentado trasfondo dentro de la historia de la teología porque los académicos y pastores reformados han insistido una y otra vez en que el primer paso en nuestra salvación es una obra monergista de Dios. Es decir, los teólogos reformados sostienen que la vida cristiana comienza en la regeneración, que es la obra del Espíritu Santo al revivirnos y levantarnos de un estado de muerte espiritual para darnos vida en Cristo. Esto es nada menos que una resurrección espiritual, y solo Dios la lleva a cabo, sin esfuerzo humano. Los teólogos reformados usan entonces las palabras *monergismo* o *monergista* para describir el proceso de regeneración. A consecuencia de esto, muchas personas que escuchan este concepto tienden a pensar que la perspectiva reformada enseña que toda la vida cristiana es monergista.

¿Has escuchado la frase "déjalo todo en las manos de Dios"? En un sentido, esa frase es totalmente buena, porque a veces confiamos tanto en nosotros que no logramos hallar descanso en Dios. Pero la frase puede convertirse en una especie de licencia para lo que llamamos "quietismo". Esta es la postura que dice: "Si Dios quiere cambiarme y que yo crezca espiritualmente, es su trabajo hacerlo; yo solo soy espiritualmente fuerte en la medida en que Dios me haga fuerte". La persona que piensa de esta forma reescribe la amonestación apostólica: "Es Dios quien produce en mí el querer lo mismo que el hacer, así que no necesito ocuparme en mi salvación con temor y temblor".

Esta es una distorsión. El pasaje nos llama a esforzarnos porque Dios está obrando *en* nosotros y *con* nosotros; por lo tanto, todo el proceso de

perseverancia es una acción *sinergista*, no *monergista*. Yo estoy llamado a trabajar, y Dios también está trabajando. A fin de cuentas, si mi labor va a rendir fruto depende del *donum perseverantiae*, es decir, del don de la perseverancia de parte de Dios para preservarme hasta el fin.

Veamos un momento la enseñanza de Pablo en su carta a los Filipenses:

> Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes. En todas mis oraciones siempre ruego con gozo por todos ustedes, por su comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora. Estoy persuadido de que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Filipenses 1:3-6).

Aquí Pablo habla de confianza, diciendo que está "persuadido" de lo que dice. ¿Qué es lo que produce esta confianza en el apóstol Pablo? Él no lo deja en suspenso. Él dice a continuación que "el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo". Ahí radica nuestra confianza y nuestra seguridad: el Dios que ha comenzado la salvación de una persona no va a permitir que esa obra redentora sea en balde. Dios termina lo que empieza en su obra redentora en nosotros preservando a quienes redime. Ahí es donde Pablo obtiene su confianza, y yo creo que esa debería ser la principal base de *nuestra* confianza.

Pablo desarrolla esta base para nuestra confianza en su carta a los Efesios. Él dice: "También ustedes, luego de haber oído la palabra de verdad, que es el evangelio que los lleva a la salvación, y luego de haber creído en él, fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la garantía de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria" (Efesios 1:13-14). La palabra traducida como "sellados" se refiere a la práctica de los reyes del mundo antiguo de usar anillos de sello para certificar documentos. El rey tenía una insignia especial en su anillo, el que presionaba

sobre cera caliente y así dejaba una impresión permanente en el documento, lo cual indicaba la promesa y la garantía del decreto real. Aquí Pablo usa esta palabra para decir que Dios sella a cada cristiano por la palabra de su promesa, de manera que nuestra confianza no se sustenta en nuestra propia lucha, sino en la promesa de nuestra futura redención, una promesa que Dios nos ha hecho. Él sella esta promesa dándonos el Espíritu Santo, quien es la certificación actual, personal e interior de la plenitud de la redención que Dios ha efectuado en cada creyente.

Pablo dice que el Espíritu Santo “es la garantía de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (v. 14). En algunas legislaciones, cuando una persona va a comprar una casa, puede exigírsele que pague un depósito no reembolsable denominado “pago en garantía”. Este depósito le garantiza al vendedor que la persona va a hacer el pago final y va a completar la transacción. Eso demuestra que la persona está actuando con seriedad y desea completar el proceso. Pablo usa este lenguaje comercial para decir que el Espíritu Santo es la “garantía” de que seremos total y definitivamente redimidos. Y cuando el Espíritu de verdad hace una promesa sobre un hecho futuro, este está absolutamente garantizado. Esa promesa no puede fallar.

Uno de los versos más atesorados de la Biblia es Romanos 8:28, que nos hace una preciosa promesa de Dios: “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo a su propósito”. A esto le sigue lo que suele llamarse la “cadena de oro de la salvación”: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que sean hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó” (vv. 29-30). Este pasaje es una declaración elíptica;

asume una palabra que se omite pero se entiende en el contexto. En este caso, la palabra implícita es todos. Todos los que son predestinados son llamados, no solo algunos; todos los que son llamados son justificados; y todos los justificados son glorificados. Ser glorificado significa entrar en la consumación total y definitiva de nuestra salvación. Es a partir de promesas como esta que adquirimos nuestra confianza en el don de Dios de la perseverancia.

Capítulo seis

El cristiano carnal

Yo solía enseñar al personal y los voluntarios de un importante ministerio juvenil. Por aquellos días, estos jóvenes evangelistas a veces usaban una singular expresión, que no se encuentra en las páginas de los instruidos tomos de teología sistemática: “entubarla”. La primera vez que escuché esta expresión fue cuando un miembro del personal se me acercó y me preguntó: “Dr. Sproul, ¿por qué será que tantos de nuestros chicos ‘la entuban’?”. Yo no sabía qué me quería decir, ¿bucear con un tubo de oxígeno? Pero él me explicó que a menudo había jóvenes que eran introducidos al ministerio, comenzaban a asistir con entusiasmo a sus programas, hacían una profesión de fe en Cristo, y luego, pasado algún tiempo, ellos “la entubaban”, es decir, su fe se iba por la tubería.

Las personas pueden ponerse de pie y hacer una profesión de fe o pasar al altar en una reunión evangelística por todo tipo de motivos aparte de haberse convertido genuinamente. No tenemos la capacidad de leer el corazón de las personas. No sabemos si su profesión de fe es sincera y genuina. Actuamos sobre la base de las manifestaciones y evidencias externas, pero no sabemos

con seguridad qué está sucediendo al interior del corazón de la gente.

Solo miremos a Judas. Él era parte del círculo íntimo de Jesús y testigo de algunos de los actos más maravillosos que haya realizado Jesús. Él fue al “seminario” de Jesús. Se sentó en sus clases diariamente durante tres años. A él se le confió la tesorería de la organización. Pero Judas “la entubó”. En realidad, decir que Judas la entubó sería una gigantesca omisión de datos. Y no obstante, Jesús se refiere a Judas como alguien que de hecho era el hijo de perdición, uno que en realidad nunca estuvo convertido (Juan 17:12). La profesión de fe de Judas fue falsa, no fue auténtica.

Este no solo es un problema para los ministerios evangelísticos o juveniles. Es un problema en la vida de la iglesia en general. En consecuencia, necesitamos ser cautelosos con lo que decimos; aunque podamos decir que alguien ha hecho una profesión de fe, no podemos confirmar si esa persona realmente se ha convertido o no.

Un desarrollo relacionado es el surgimiento de una innovadora doctrina en el cristianismo popular: la idea del “cristiano carnal”. Históricamente, esta idea estaba ligada a la teología del dispensacionalismo. Surgió en la década de 1980 en la Controversia Señorío-Salvación, un debate interno entre los dispensacionalistas. Una parte insistía en que solo la fe salva, no la fe más arrepentimiento. Por lo tanto, es posible recibir a Cristo como Salvador pero no como Señor. La otra parte argumentaba que la fe y el arrepentimiento son dos caras de la misma moneda.

Ambas partes estaban de acuerdo en que todo aquel que viene a la fe *debería* poner su confianza en Cristo como Salvador y Señor a la vez, y cada creyente *debería* producir el fruto de la conversión y obras de obediencia a Cristo. La discusión se enfocó en si es posible ser salvo sin recibir a Cristo como Señor y exhibir así las obras de obediencia. El que es salvo sin recibir a Cristo como Señor es alguien al que podríamos llamar “cristiano carnal”.

La controversia dio como resultado una distinción entre distintos tipos de cristianos. Estos tipos están ilustrados en un popular tratado evangelístico utilizado durante muchos años por Cru (anteriormente Campus Crusade for Christ). Los tres tipos distintos se definen gráficamente mediante tres círculos dispuestos en una fila, y cada círculo representa a un tipo de persona en particular. En el centro de cada círculo hay una silueta de una silla, que representa el trono de la vida de la persona, el sillón de la autoridad.

En el primer círculo de la izquierda, sobre la silla hay una letra “S”, por la palabra inglesa para el “ego”. Esto representa el egocentrismo de la persona no convertida. Esta es la persona que no ha recibido a Cristo, que no se ha sometido a Cristo de ninguna forma. Y fuera del círculo está la figura de la cruz, lo que significa que en la vida de esta persona domina el ego, lo que llamaríamos “la carne”. La naturaleza humana caída tiene el control, y en la vida de esa persona no está Cristo.

El tercer círculo, a la derecha, tiene a Cristo, la cruz, sobre el trono. Esta es la vida llena del Espíritu. Jesucristo es la autoridad central en la vida de esta persona. Esto representa al cristiano maduro que ha crecido para recibir a Cristo no solo como Salvador sino también como Señor.

El círculo del centro retrata una pequeña y extraña imagen. Ahí está la silla en el medio, con el símbolo del “ego”, pero debajo de la silla está la cruz. Esta imagen representa a la persona que tiene a Cristo en su vida, pero él no ha ascendido al trono; todavía gobierna la carne. Por lo tanto, esta persona se describe como el cristiano carnal. El cristiano carnal es una persona que es cristiana pero cuya vida cristiana todavía está dominada por la carnalidad.

¿Cuál es el origen bíblico de esta idea? La justificación bíblica es que el Nuevo Testamento efectivamente habla de cristianos carnales. En 1 Corintios 3, el apóstol Pablo reprende a los cristianos corintios y les dice:

> Hermanos, yo no pude hablarles como a personas espirituales sino como

a gente carnal, como a niños en Cristo. Les di a beber leche, pues no eran capaces de asimilar alimento sólido, ni lo son todavía, porque aún son gente carnal. Pues mientras haya entre ustedes celos, contiendas y divisiones, serán gente carnal y vivirán según criterios humanos. Y es que cuando alguien dice: “Yo ciertamente soy de Pablo”; y el otro: “Yo soy de Apolos”, ¿acaso no son gente carnal? (1 Corintios 3:1-4).

Pablo claramente está hablando de personas a las que considera creyentes. Él los llama “hermanos”, y no obstante los describe como quienes están “en la carne”, es decir, carnales. Entonces, ¿qué tiene de malo hablar de “cristianos carnales”? Pablo no solo describe a los creyentes corintios como carnales en este caso, sino que también se refiere a sí mismo como “carnal” en Romanos 7 cuando habla de sus propias luchas en la santificación: “Soy un simple ser carnal, que ha sido vendido como esclavo al pecado” (v. 14). Todo esto parece sugerir que el “cristiano carnal” podría ser una manera útil y bíblicamente adecuada de hablar de cierto tipo de cristianos.

El adjetivo “carnal” es recurrente en el Nuevo Testamento. Anteriormente, vimos que Pablo habla de la lucha de la vida cristiana como una guerra entre la carne y el espíritu. Y también sabemos que la misma metáfora de la *carne* se usa reiteradamente en el Nuevo Testamento para describir la condición del incrédulo. El incrédulo es pura carne. Es por eso que Jesús dice que es necesario nacer de nuevo para ver el reino de Dios, porque lo que nace de la carne es carne, y nosotros por naturaleza somos carnales o seres caídos. La persona no regenerada no participa de la guerra entre el espíritu y la carne; está completamente en la carne, es totalmente carnal.

Sobre la base de estas distinciones, podríamos asumir que en la imagen del folleto, la idea no es que la persona esté únicamente en la carne, porque Cristo está en su vida. Lo que se busca más bien es comunicar que existen tres tipos de persona: incrédulos, creyentes infantiles, y cristianos maduros.

Esa es una distinción totalmente legítima, porque es lo que hace Pablo en 1 Corintios 3 cuando llama a los corintios cristianos “carnales”. Los llama carnales porque todavía son como bebés y porque su conducta muestra más de la constante manifestación de la carne que de la madurez que proviene del fruto del Espíritu.

Pero la idea del Nuevo Testamento es que ninguna persona en esta vida es totalmente espiritual y ningún cristiano en este mundo es totalmente carnal. Así que cuando hablamos de cristianos carnales, si con ese término nos referimos a cristianos infantiles, todo está bien. Pero si nos referimos a personas que han recibido a Cristo como Salvador pero no como Señor, donde el ego aún domina y gobierna la vida, ¿a quién estamos describiendo? Estamos describiendo a la persona no convertida, la persona que está en la iglesia y en torno a la comunión de Cristo, la persona que profesa a Jesucristo, pero en realidad no es cristiana en absoluto. La idea de un cristiano carnal en el sentido de alguien que es totalmente carnal es un oxímoron. No existe el cristiano totalmente carnal, así como no existe el cristiano totalmente espiritual.

Desearía poder indicar una forma fácil de pasar de la infancia espiritual a la adultez. El apóstol Pablo habla de nuestra necesidad de ser nutridos y cuidados. Él también emplea la imagen de los bebés que requieren una dieta láctea porque aún no están listos para comer alimento sólido.

Llegar a la madurez espiritual requiere tiempo. Pero lo que resulta terrible es cuando escuchamos acerca de personas que llevan diez o quince años en la fe y todavía beben leche. Eso era lo que afligía al apóstol aquí en su carta a los Corintios. Hacía tiempo que había pasado el periodo de su infancia, y ahora él los estaba llamando a una sólida dieta de las cosas de Dios, a masticar el alimento del evangelio, lo cual es parte de toda la vida de perseverancia en Cristo.

Capítulo siete

Nuestro gran Sumo sacerdote

Muchos de nosotros nos hemos reconfortado con la oración intercesora de un amigo o un pastor. ¿Cuánto más nos reconfortaremos, entonces, con la plena certeza de que Jesús está orando por nosotros? ¿Alguna vez alguna persona te ha pedido "ora por mí", y le has dicho "por supuesto, oraré por ti", y luego te has olvidado? Yo sé que en mi vida les he dicho a otras personas que oraría por ellas y lo he olvidado. Si lo recuerdo en algún momento más tarde, me detengo y oro, pero a menudo solo es por culpa, de manera que si la persona me pregunta si oré, pueda responderle que sí.

La oración intercesora es reconfortante, pero no se puede confiar en que nosotros los humanos cumplamos con nuestras promesas de orar. No es así con Cristo. El Nuevo Testamento se refiere a él como nuestro Gran Sumo Sacerdote. Como nuestro Gran Sumo Sacerdote, él ha ofrecido el sacrificio perfecto —él mismo— pero su labor sacerdotal no concluyó en la cruz. Cada día, en la presencia del Padre, Cristo intercede por su pueblo (Hebreos 7:25). "La oración del justo es muy poderosa y efectiva", nos dice Santiago (5:16), pero ninguna oración tiene el mismo poder que las oraciones de Cristo.

La intercesión de nuestro Gran Sumo Sacerdote es el fundamento de nuestra confianza cuando se trata de nuestra perseverancia. Además, nos ayuda a darles sentido a las historias de Pedro y Judas, dos de los discípulos de Jesús que experimentaron una grave caída. La separación de Cristo de uno de los discípulos se percibe como una obra de apostasía total y definitiva, mientras que la caída del otro discípulo no es total y definitiva porque él es restaurado. Y vemos que su crimen contra Cristo fue muy similar. Judas traicionó a Jesús. Y esa misma noche, Pedro negó a Cristo.

Estos dos hombres que habían sido discípulos de Jesús durante su ministerio terrenal cometieron traición contra él en su momento más sombrío. Y hay otras similitudes entre estos dos ejemplos, en que Jesús predijo los diabólicos actos de ambos, Pedro y Judas. Pero recordemos que cuando Jesús dijo "uno de ustedes me va a traicionar", los discípulos dijeron entre sí: "¿Soy yo, Señor?". Cuando Judas preguntó: "¿Soy yo, Maestro?", Jesús le respondió: "Tú lo has dicho" (Mateo 26:25). Las últimas palabras de Jesús a Judas fueron: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto" (Juan 13:27). Y lo despidió de su presencia.

Cuando Jesús profetizó que Pedro lo negaría, Pedro protestó profusamente. "Aunque todos te abandonen —declaró Pedro—, yo jamás lo haré" (Mateo 26:33, NVI). Esto nos recuerda la amonestación de Pablo: "Así que, el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer" (1 Corintios 10:12), porque entonces Jesús se volvió a Simón y le dijo con palabras amorosas: "Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo" (Lucas 22:31).

Sacudir trigo no es una tarea ardua que solo puedan hacer los fuertes. Puede que tome tiempo y sea tediosa, pero no es un trabajo intenso. Al usar esta metáfora, Jesús le está advirtiendo a Simón que no confíe en su propia fuerza, porque a Satanás nada le costaría incitarlo para que cayera. Satanás es

más fuerte que Pedro, y no tendría problema para superar cualquier fuerza que Pedro creyera tener.

Sin embargo, nótese que Jesús no le dice a Pedro: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”. Las palabras de nuestro Señor a Simón Pedro fueron significativamente distintas a las que le dijo a Judas. Jesús dijo: “Yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, cuando hayas vuelto, deberás confirmar a tus hermanos” (Lucas 22:32).

Nótese lo que Jesús no dice. Él no simplemente *espera* que Pedro sea capaz de resistir a Satanás, o que vuelva, o que sea capaz de confirmar a sus hermanos. Jesús expresa certeza de que Pedro *hará* estas cosas. A Jesús no le cabía ninguna duda, no solo de que Pedro caería, y caería profundamente, sino de que además Pedro sería restaurado. En efecto, la historia testifica que Pedro, a pesar de esta caída radical y grave, con todo, resistió hasta el fin. Él se arrepintió, fue perdonado, fue restaurado, y resistió hasta el fin.

El resto de la enseñanza del Nuevo Testamento sugiere una conexión causal entre las palabras “he rogado por ti” y “cuando hayas vuelto”. Jesús es nuestro Gran Sumo Sacerdote que, en su ascensión, se sentó a la derecha de Dios. Allí, él vive para interceder por su pueblo.

En lo que respecta a nuestra seguridad eterna, nuestra mayor consolación viene de la plena seguridad de la actual obra de Cristo en nuestro favor. Cuando Jesús murió en la cruz, él clamó: “Consumado es” (Juan 19:30). Su muerte expiatoria compró la redención para su pueblo, pero la obra redentora de Cristo no acabó en la cruz. Después de su muerte, él fue levantado para nuestra justificación. Entonces ascendió al cielo, donde se sentó a la derecha de Dios. Allí él rige como el Rey de reyes y Señor de señores, gobernando el universo y reinando sobre su iglesia. Todo esto entra en la categoría de la obra consumada de Cristo.

Un atisbo de la intercesión de Cristo por nosotros nos llega del Discurso en

el Aposento Alto en Juan 13-17, y especialmente en la Oración Sumosacerdotal del capítulo 17. En este discurso, Jesús instruye y conforta a sus discípulos. A medida que se acercan a su hora más sombría, Jesús les ofrece seguridad para combatir la ansiedad, y les dice:

> No se turbe su corazón. Ustedes creen en Dios; crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchos aposentos. Si así no fuera, ya les hubiera dicho. Así que voy a preparar lugar para ustedes. Y si me voy y les preparo lugar, vendré otra vez, y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, también ustedes estén (Juan 14:1-3).

Cuando el Señor dice que se irá y preparará un lugar para los discípulos, está hablando de algo que él va a hacer, no en ese preciso momento, sino en cierto punto del futuro. En lugar de hablarles de la cruz, él mira más allá, a su ascensión, donde entraría al tabernáculo celestial a fin de preparar un lugar para su pueblo. Y más tarde, él regresará para reunir a su pueblo. El Nuevo Testamento a menudo habla de la consumación de la redención de la novia de Cristo, el verdadero pueblo de Dios, en términos de una reunión final gloriosa entre Cristo y su pueblo.

Más adelante en este mismo discurso, leemos la Oración Sumosacerdotal de Cristo:

> Jesús habló de estas cosas, y levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda la humanidad, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera.

> “He manifestado tu nombre a aquellos que del mundo me diste; tuyos eran, y tú me los diste, y han obedecido tu palabra. Ahora han comprendido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti. Yo les he dado las palabras que me diste, y ellos las recibieron; y han comprendido en verdad que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío; y he sido glorificado en ellos. Y ya no estoy en el mundo; pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, cuídalos en tu nombre, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los cuidaba en tu nombre; a los que me diste, yo los cuidé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera…

> “Pero no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:1-12, 20-21).

Jesús comienza recordando el pacto al interior de la propia Divinidad de salvar a algunos, los elegidos, de entre la masa de la humanidad. Él le pide al Padre que lo glorifique al acabar su obra. Luego, comienza a orar por los discípulos, y no solo por los discípulos, sino también por “los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (v. 20), lo cual nos incluye a nosotros.

Jesús reconoce que uno se perdió, pero como la Escritura declara en otro lugar, este era el hijo de perdición desde el principio. La caída de Judas fue definitiva. Él fue un verdadero apóstata, alguien que hizo una profesión de fe aunque en realidad nunca se convirtió. Era el hijo de perdición desde el principio. Pedro, por otra parte, no se perdió. Él volvió y fue restaurado; la

oración intercesora de Cristo lo sostuvo.

El punto principal de la oración de Jesús es que ninguno de los que el Padre le ha dado al Hijo se pierde. Nadie, dijo Jesús, puede arrebatarlos de su mano (Juan 10:28). Nosotros perseveramos porque somos preservados, y somos preservados por causa de la intercesión de nuestro Gran Sumo Sacerdote. Este es nuestro mayor consuelo y nuestra mayor fuente de confianza de que perseveraremos en la vida cristiana.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.